

Revista de comunicación intercultural

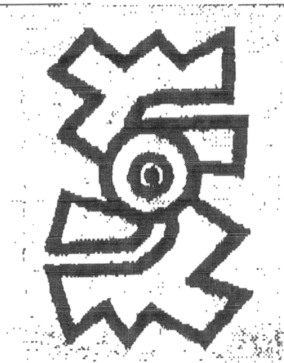
No. 7

Año 2005

Resonancia



**Manuel Girón, Marta Elizondo, Cristina Arrébola,
Juan Carlos Lemus, Karina Farinati, Paulo González
Ramírez, Carolina Escobar Sarti, Carmen Real,
Patricia Muñoz Meza**



LIBRERIA EL CONDOR

LITERATURA

LATINOAMERICANA

María Mariotti-Luy

Seilergraben 43
CH-8001 Zurich

Postfach 369
CH-8024 Zurich

Tel. 044 / 262 09 66
Fax 044 / 262 09 49

Horario:

Martes a viernes
11:00 a 18:30

Sábados
10:00 a 16:00

Pie de imprenta

«RESONANCIA» REVISTA INTERCULTURAL

Edición y redacción

Marta Elizondo, México, en Suiza
wueest.elizondo@freiamt-online.ch

Comité de colaboradores

Manuel Girón, Guatemala
Karina Farinati, Argentina
Carmen Real, Argentina
Cecilia Widmer, Argentina

Resonancia en Internet

www.martaelizondo.ch

Prohibida la reproducción o transmisión total o parcial de esta obra en cualquier forma electrónica o mecánica, sin permiso del editor.

Impreso en Suiza
por Heliocopter

AUTORES

Manuel Girón, Guatemala
Marta Elizondo, México
Cristina Arrébola, España
Juan Carlos Lemus, Guatemala
Karina Farinati, Argentina
Paulo González Ramírez, Costa Rica
Carolina Escobar Sarti, Guatemala
Carmen Real, Argentina
Patricia Muñoz Meza, Guatemala

REPORTAJE

Karina Farinati, Argentina



«Próxima salida»

Karina Farinati, Argentina

Mensaje Editorial

La literatura crea palabra escrita, sin sonido. El lector le da imagen, interpreta gestos, formas, sabores, diálogos, habla, susurra y grita a su modo.

La pintura crea imagen, la escultura crea forma y textura, espacio, símbolo. El observador mira y siente, asocia, da significado.

¿Y el cine?

El cine crea el mundo en su totalidad. Puede ser poético en la imagen, en los caracteres, en los diálogos, en su trama y hasta en su conjunto. Puede ser, por partes, pintura viva, imagen pura, símbolo.

El cine redistribuye roles. Nos quita el rol de interpretación al nivel del texto literario, porque ese rol lo toman otros, los actores. También nos quita la libertad de volver a mirar, de detenernos justamente ahí donde algo nos atrae.

El ojo observador es el de la cámara, la mirada está dirigida. Vemos miradas y miradas de miradas, las del director y su equipo, las de los actores y hasta la de los autores. La creación es, en el cine, una creación en grupo.

¿Y el espectador?

El espectador observa, siente, imagina, asocia, interpreta, vive lo que ve (y lo que escucha) y vive la mirada de lo visto. El espectador... vuela. Esa es la magia del cine.



«Oscar»

Manuel Girón, México

Puro hobby

En los principios de la Humanidad el hombre no tenía trabajo porque no había empleo y mucho menos un salario. Toda la familia vivía de lo que podía hasta que el hombre se decidió a tener un hobby que consistía en salir a cazar animales salvajes con el afán de mejorar el menú de todos los días.

Salía de madrugada en grupo sin rumbo fijo y con suerte regresaba al anochecer con un par de liebres o la cuarta parte de un dinosaurio descuidado. Pero no todos regresaban al anochecer porque algunos se perdían o porque uno de esos animales salvajes acababa con el aventurero entre sus fauces. Otros volvían después de varios días, agotados y sin nada para comer, y mientras esto sucedía las mujeres jugaban al tenis me diría cualquiera de estos señores que ven en la mujer una sencilla sirvienta que sólo sirve para planchar, cocinar, limpiar, coser, hacer la compra, cuidar de la prole, y a la que de vez en cuando hay que echarle un polvo al estilo yo arriba y no te muevas porque si te mueves es porque te has acostado con otro mientras yo trabajaba como un burro para darte esta buena vida que llevas.

Pues la cosa no era así, porque en esos primeros tiempos en que no había mercados ni supermercados y no se podía consumir a lo loco, todo había que buscarlo y la señora de la cueva tenía que darse sus vueltecitas por los alrededores con la prole pizándole los talones en busca de algunas hierbitas, honguitos, frutitas, y quién sabe qué otras cosas más para finalmente tener algo para llenar la barriga.

¡Ah!, pero esas mujeres eran felices porque tenían mucho tiempo para conversar, me comentaba un amigo del status quo de toda la vida. ¿Conversando sobre qué? ¿Sobre el último tigre que pasó por la cueva y se llevó un crío para la cena, o de las infidelidades del marido que ya no regresó porque seguramente se fue con otra que tenía el pelo más despeinado que el de ella? Vaya reflexión.

Lo único bueno de esa situación para las mujeres era que no tenían al marido en la cueva durante el día viendo partidos de fútbol mientras ellas ordenaban las piedras.

Pero como no hay mal que dure cien años ni enfermo que lo soporte resultó que a alguno de estos valientes y bravucones cazadores se le encendió un par de neuronas y la agricultura entró en escena.

De ahora en adelante, mi amor, ya no voy a hacer turismo por las estepas y pampas, me quedo aquí cultivando papayas y sandías. Y el Tarzán de la selva, bosques y montañas se transformó en agricultor, aunque este nuevo hobby no significaba que ya tuviera trabajo porque según el concepto capitalista: «el que no recibe sueldo no trabaja».

Y la señora de la cueva continuó igual que antes, con sus paseos por los alrededores en busca de alimento (porque en ese tiempo se comía cuando se podía y no como ahora en que estamos organizados con tres comiditas diarias más algunos traguitos con sus respectivas tapas), y después de haber realizado su faena como recolectora, el compañero agricultor la incorporó a las labores del campo y desde allí empezó la llamada doble tarea para las señoras.

Y la historia continuó y continuó su camino hasta que entró en la llamada era industrial en que las máquinas serían el gran regalo para chicos y grandes porque harían el trabajo de todos y los señores tendrían más tiempo para estar con la familia y echarle una mano a las mujeres en la cueva de dos pisos y planchadora en forma de tabla para practicar surfing. Pero la cosa no cambió mucho que digamos porque los hombres continuaron a lo suyo, es decir, yo no tengo nada que ver con la formación y educación de los hijos, trabajo muy duro para que todos podamos hacer vacaciones en Miami, y si vengo tarde o no vengo es porque en la empresa me exigen que trabaje más (ahora sí ya podemos hablar de trabajo porque ya hay un salario de por medio).

¿Y la mujer? Pues bien gracias. Practicando su hobby de planchar, limpiar, coser, cocinar, sacar al perro y entretener a los críos porque después de un montón de siglos no se vislumbra por ningún lado el merecido reconocimiento económico.

¿Habrá algún político visionario que tenga el valor de cambiar esta injusticia, más grande que la galaxia donde parece que no somos nadie, en simple justicia?

¿Será todavía posible que esas señoras que arman y desarman todos los días la casa dejen finalmente su hobby y se pongan a trabajar de verdad con un salario digno para que por lo menos puedan considerarse trabajadoras?

¿O habrá que buscar a un nuevo soñador de la Mancha que ponga a las Dulcineas en el lugar que les corresponde?

Marta Elizondo, México

Lo otro... que soy yo

Lo otro... que soy yo

Cuando el sol muera
quiero recorrer tu cuerpo
con mis ojos, besarte todo
respirar tu aliento destilante
hasta que se confunda
con el mío.
Oír palpar tu fuego encendido
Totalidad Universal, nuestra
unidos
tocar tu alma, no sólo
con mis sentidos.
Alma que dentro de mí mora
cuerpo que guardas mi sentir.
Imágenes vivas
dentro y fuera de mí.



«Oscar»

Cristina Arrébola, España

Reflejo

Mírame a los ojos
dime lo que ves
Profundos secretos innombrables
turbia agua para naufragar
¿o una simple prolongación tuya
reflejada en mí?

Mírame a los ojos
dime lo que buscas
Un apoyo para tu vacío
fuego para calentarte
¿o sólo las cenizas de tus sueños
reflejadas en mí?

Mírame al corazón
dime lo que esperas
El hijo perdido que a casa retorna
mas ningún cuarto semeja ya al otro
sólo esperan los cuadros olvidados
de las paredes colgando

Mírame al alma
dime lo que sientes
Lecho caliente que en sueños te mece
¿o sólo los lobos en la noche
que sangre demandan?

Mas... yo soy como el viento del vasto campo
soy cada susurro errante
Yo soy la amapola en su
púrpura color radiante
Empapada
respiro hondo y profundo
Yo soy...
libre como el aire

Sin más culpa
Sin más deseo

¿Sólo una prolongación tuya
esperando algo?

Juan Carlos Lemus, Guatemala

Lo cuerdo es montar en rabia...

Lo cuerdo es montar en rabia
salir a la calle y gritar
a todo galillo
que es más indecente el mundo
y el más perverso de todos mis
actos

Como el pirata que navega en tina
y tiene un pato de hule
como enemigo
mi vida es farsante

el más hiriente de mis fracasos
echa raíz
profunda raíz en mi autoestima

Voy a tirar lleno de furia bolas de
chicle al mundo
como hasta hoy
beberé más café
y rojo de ira seguiré andando

No puedo
ser delicado
sutil y mentirme
no quiero.



«Próxima salida»

Karina Farinati, Argentina

CINE DE HISPANOAMÉRICA EN FRIBURGO

¿Cómo introducir el cine, la cinematografía, el arte de filmar y el arte de ver cine en una publicación que hasta ahora se dedicó a las letras, la pintura y la escultura? Les propongo un acercamiento de tres días, con relatos, comentarios y reflexiones, acompañándome al festival internacional de cine de Friburgo 2005 centrándonos en algunas producciones del cono sur hispanoamericano.



Cóctel de bienvenida

Día UNO: la libertad que nos ofrece el cine

Se podría afirmar que la base del cine es su capacidad de revelar lo invisible. Un medio visual revelando lo no visible. ¿Paradójico? ¿Imposible? La literatura deja espacios, al ser palabra, para la re-creación por parte del lector, da lugar a la interpretación, a la imaginación. La pintura, al ser imagen, también. La escultura en su carácter de forma y textura, también. ¿Y el cine?

El cine nos presenta una experiencia en la que están involucrados más sentidos. No sólo el resonar del discurso en nuestra mente, como en el caso de la lectura de un texto literario (que igualmente es interpretativa), sino también el sonido y por supuesto lo que

vemos, la imagen. Por un lado, el cine nos coarta una libertad (redistribuyéndola) y por otro, nos ofrece otra. ¿Cuál nos quita? La de darle la propia entonación al discurso de los personajes, de vestirlos a nuestra manera, de modificar en parte el texto interpretando una forma de caminar, de moverse, de mirar, de crear paisajes e imágenes mentales. Esa libertad pasa, en el cine, a ser dominio de los actores y directores, camarógrafos e iluminadores, quienes a su vez, interpretando y creando, nos presentan un trabajo casi terminado. ¿Cuál es la libertad que ofrece entonces el cine al espectador?

Vivimos en un mundo visual, cada uno de nosotros ha ido acumulando experiencias de ver en un proceso de descubrimiento y aprendizaje desde el nacimiento. Y el cine nos deja entre imágenes, sonidos, composición un lugar vacío. Un espacio libre para que el público llene, para que se interrogue. De esos espacios nacería la necesidad de la interpretación y de ella la creación. La libertad que nos ofrece el cine es la de ver mas allá de lo que se ve.

En el festival de cine de Friburgo 2005 se mostraron entre largometrajes, documentales, medimétrajes y cortometrajes (en competición y fuera de ella, panorama, homenaje y retrospectiva) un total de 100 realizaciones de los siguientes países, algunas en coproducción (por orden de aparición en el programa): Marruecos, Francia, Japón, Filipinas, Irán, Irak, Burquina Faso, Bélgica, Marruecos, Malasia, Brasil, Alemania, Kirguistán, Bangladesh, Corea del sur, Israel, China, Benín, Nigeria, España, Austria, Chile, Palestina, Camerún, Madagascar, Argentina, Sudáfrica, India, Senegal, Estados Unidos, Singapur, Egipto, Cuba,

Suiza, Turquía, Unión Soviética (en retrospectiva), Líbano, Dinamarca, Italia, Sudán, México, Túnez, Haití, Algeria, Simbaue y Mali. El lema del festival: ver el mundo con otros ojos.

Día DOS: recuperando la memoria

¿Me acompañan a algunas de las realizaciones hispanoamericanas? Comenzamos con un documental argentino sobre la guerra por las islas Malvinas: «No tan nuestras».



«No tan nuestras»

Formalmente es un relato cronológico. Sergio, excombatiente, nos cuenta su historia. Nos sentamos con él, paseamos por Lanús, vamos a un museo militar juntos. Con el relato de Sergio se entrelazan el discurso militar argentino de aquellos años, el discurso tatcheriano y el de un empleado actual de un museo en donde está presentada, en una vitrina, una batalla que Sergio también nos relata. Las imágenes pertenecen a entrevistas y material televisivo.



«No tan nuestras»

Los diferentes discursos, las imágenes y las interpretaciones de la realidad se enfrentan, por parte negándose, por parte complementándose, acentuándose y relativizándose. Como si a una trama lineal de principio-fin (la historia de Sergio) la fuéramos agujereando con información de diferentes fuentes, para abrir los ojos, para interrogarnos.

El documental tiene una vitalidad propia, la de Sergio, la de un ser humano activo, fresco, positivo y abierto, tiene un ritmo que junto con la música nos permiten acercarnos a un tema difícil de una manera muy simple. Sergio come papas fritas y a medida que su relato se torna más fuerte y doloroso, *crash crash crash* las devora al mismo tiempo que caen bombas o su padre llega al hospital y se emocionan por estar vivos. Un documental sin rencores, sin intentos de polarizaciones (los buenos y los malos), una invitación a recuperar la memoria.

Día TRES: tres realidades

Sol en Friburgo, mañana fría. Para hoy tenemos tres realidades de hoy en la pantalla, tres luchas: un taxista, una indígena y un grupo de desempleados.



«Oscar»

Oscar es un taxista de Buenos Aires que harto de la publicidad callejera agresiva, no pide permisos ni por favores, él impone y ordena, se revela y combate, creando una nueva manera de expresión del hastío frente a las multinacionales, la sociedad de consumo.

Estamos a sala llena, la expectativa frente a la película «Oscar» es grande, la temática cautiva en todas las latitudes y el material visual en el programa promete mucho.

Comienza la historia, entramos al mundo de la calle porteña, Oscar nos cuenta el sentido de su rebelión y su pasión artística. Estando todo el día en su taxi, se siente constantemente agredido por la publicidad y responde a esa agresión pintándola, caricaturizándola y cambiándole el sentido. Fascinante. Su trabajo (de noche, a escondidas, evitando a la policía, con la eventual ayuda de algún amigo o de su familia) es cautivante. Bebidas, telefonía y todo tipo de productos de consumo son caricaturizados.

Paralelamente conocemos también aspectos de su vida privada, el accidente de su hijo menor, las penurias económicas buscando una silla de ruedas, el contar las moneditas para pagar el colectivo, problemas de vivienda, desalojo. Incluso una invitación a dar una charla en una universidad y a explicar su estrategia, sus ideas, su forma de actuar (con la consiguiente pregunta sobre si aceptaría trabajar para los que él en realidad combate).



«Oscar»

Al finalizar la proyección el público pregunta: qué pasó con Oscar, qué pasó con la tentación de trabajar para el enemigo. El productor allí presente nos cuenta que el documental es una recopilación de material realizada durante cuatro años, pasando peleas,

intentos de abandonar la idea y diferentes estadios en la vida de Oscar. A mí personalmente me quedan pequeñas incongruencias en la historia, reflejo quizás de la cantidad de material producido a lo largo de tanto tiempo. Mientras se muestra la pobreza por la que pasa esta persona tan inteligente y creativa, moviéndonos hacia un sentimiento de piedad y a preguntarnos sobre la justicia e injusticia de la vida, de repente lo vemos a Oscar con zapatillas de una marca muy conocida y justamente representante de lo que él combate. Incongruencia argentina quizás.

Una pausa de media hora y estamos de vuelta en el cine, en la sala del Rex 3: «El velo de Berta». Berta es una indígena chilena, también en lucha, que intenta hacer valer los derechos sobre su tierra ante la expropiación inminente por parte del gobierno, debido a la construcción de un dique. Tema que lamentablemente se sigue repitiendo y repitiendo en diferentes latitudes de este mundo.

Las imágenes del sur chileno son verdes, húmedas, con neblina, la cámara no se agita, permanece larga y lentamente en un lugar y pasa a otro sin saltos, sin sorpresas. El paisaje no tiene cambios bruscos, el lago está tranquilo. Como si la naturaleza, su gente y la cámara que los muestra estuvieran en completa unión. La vida transcurre como hace decenas o centenas de años y el deseo de la gente es el de permanecer así, conservando sus tradiciones y costumbres, también sus derechos.

El tema del conflicto no es chileno, es universal, originado en la co-existencia de dos tipos de derecho sobre la tierra, el del indígena como propietario nativo, histórico y el de las actuales sociedades-estados.



«El velo de Berta»

«El velo de Berta» es un documental en sentido clásico: nos hace compartir la vida y la postura de su gente, nos muestra el problema, las negociaciones, las frustraciones y la resolución, en este caso la aceptación de Berta y su gente, la sesión de las tierras. Nos queda un gusto amargo pero real, otra manera de reflexión. Crecimos en información y en sabiduría, conocimos otro lugar en el mundo.

Una pausa: vamos a tomar un café a la carpa del festival para seguir después con la tercera película de hoy, «Próxima salida». Historias de desesperanzas transformadas en esperanza. Los espectadores van a salir del cine con una dulce sonrisa después de haberla visto.



«Próxima salida»

La situación es conocida. Un enorme grupo de empleados ferroviarios que habiendo tenido que firmar su renuncia obligadamente, intenta reacomodarse a la nueva vida sobrevivir. La película nos muestra los casos particulares de diferentes generaciones, edades, personalidades. Uno de ellos se inicia en el uso de armas, a escondidas de su esposa, mientras los acosan los problemas económicos. Su hijo está enfermo y el nerviosismo familiar general crece a paso descomunal. Otro de ellos esta todo el día en casa y pretende sentirse útil de alguna manera. Ordena y limpia el sótano, arregla una pérdida de agua mientras a los gritos pide ayuda, las respuestas son gritos, a los que el responde con gritos, todos gritan. Sigue buscando la pérdida de agua sin encontrarla, el agujero se vuelve cada vez mas largo, el baño se transforma en una metáfora de su vida que se va ahuecando sin solución visible. Otro de ellos se presenta a una agencia de *remises* a trabajar con su coche (sistema de transporte de personas, como si fuera un taxi, muy usado en Argentina), lo asaltan. Otro hace propaganda en la calle y otros intentan otros caminos.

Hacia el final de la película, de una manera casi televisiva, las vidas confluyen en una situación clímax en donde todos los personajes llegan a su punto cúlmine de desesperación. El respiro lo dan los más jóvenes, los adolescentes que se hacen cargo del futuro tomando la locomotora y haciéndola andar. El tren funciona nuevamente, si bien no oficialmente. Estamos frente a la próxima salida, vamos hacia un futuro guiado por los adolescentes de hoy. La solución del desastre en manos de los más jóvenes.

Extracto de la Novela: Joaquín, dónde estás.

Buscando a Tomás

Me levanto, son las 9 de la mañana de un sábado otoñal. Apenas recuerdo mi cansancio cual me dejara tendido en la cama y me hiciera dormir tan profundamente como hace tiempo no lo hacía. Ojalá aún pueda tomar el desayuno. Debería llamar a Tomás, pero bueno, primero voy a comer algo. Tomo una ducha caliente que me revive el alma. Los nervios del día anterior han desaparecido. Saco mi máquina de afeitar y limpio mi rostro que tiene días sin lavarse. Qué rico se siente. Abro mi valija y tomo un pantalón limpio, una camisa limpia, medias y un calzoncillo *Olympo*. Todo en orden, hoy debe ser un gran día, todo habrá de empezar. Me visto y bajo rápidamente al *lobby* para preguntar dónde puedo tomar mi desayuno, supongo de antemano que está incluido. Un nuevo recepcionista me dice que pase al fondo a la izquierda, allí me atenderán. Estupendo, hay pan fresco, frutas, café, avena, trocitos de jamón y mortadela, mermeladas y jugo de naranja. Qué rico es comer. He decidido al finalizar mi desayuno tomar aire fresco y preguntar por la dirección de Tomás. Lo mejor sería llegar de sorpresa, para qué llamarle por teléfono, ya el hecho de haber llegado aquí es una gran meta, qué hermoso sería tocar la puerta de mi amigo y sorprenderle en la mañana. Magnífico, perfecto, es una excelente decisión. Salgo a caminar un poco, me fumo un cigarrillo y veo algunas ventanas, gente caminar y personas en bicicleta. Al fondo se ve un gran reloj, tan grande que me sorprende. Qué curioso, cuántos relojes hay aquí, en cada esquina. Me devuelvo al hotel no sin antes saludar al *Portier* que me ha reconocido. Le pregunto al recepcionista por la dirección y me dice que lo mejor es tomar un taxi. Le digo que no lo quiero, que prefiero usar el tranvía. Imagina Tomás si te digo que he llegado en taxi, te enojarías tanto que no me dejarías entrar, muy bien me lo dijiste, llámame o usa el tranvía. En fin, el recepcionista me dice que cruce la calle que está en frente del hotel y camine hacia mi derecha hasta encontrar una parada del tranvía. En esa dirección que lo coja y que espere dos estaciones. En la segunda que me baje y busque la parada del autobús. Allí pasará el hermoso 67 que deberé tomar y esperar 4 estaciones más antes de bajarme. ¡Perfecto! le digo, lo he captado. Le pregunto ahora cuánto es lo que le debo por la noche no sin antes darme cuenta de mi mala educación ya que le he pedido la dirección y toda su ayuda antes de pagarle. No hay problema, sí, son 125 francos. Ah, será, le pago y le agradezco su ayuda, bueno, qué se va hacer, tengo que pagar. Subo a mi habitación, ordeno mi valija y mi bulto de mano, los tomo, cierro la puerta y bajo inmediatamente. Camino, salgo del hotel y cruzo la calle. Me pregunto, quién será el desaparecido. En fin, sigo caminando y me encuentro ya después de un rato en la parada. Reviso mi tiquete el cual aún es válido, veo que el tranvía se aproxima y lo tomo cuando llega. Miro la gente que me mira, me siento extraño e intruso. No me importa, siguiendo las instrucciones que me diera el empleado del hotel, llego a la estación del bus 67. Muy pronto estaremos juntos Tomás. Veo en el programa del bus que tendré que esperar 12 minutos antes de que llegue, qué suerte la mía, se acaba de ir. Reflexiono, sí, es sábado, el horario no es tan apretado. Sentado en la banca de la *fermata* me pongo a pensar en Graciela, en ti mi amor, cuánto deseo verte, cuánto deseo amarte. Y por gracia divina empiezo a recitar un hermoso poema tuyo Tomás, el que dice así.

Pequeño momento

Creer en la vida es algo que siempre está por delante de
nosotros
sentir que los días son parte de uno, el aire facta que inspira
confianza
las palabras, los sentimientos, todos tenemos derecho a
creer en la vida
pero yo me pregunto ciertas veces si este derecho es imparcial
para todos
si la vida es un elemento que se encuentra dentro o fuera de
nosotros
en las calles o en la naturaleza, en la vida misma, no sé
y es que la vida lo es todo, por simple que sea, incluyendo
la muerte.
Todo parte de la vida, los ríos cantores, el aire golpeando
las ideas
hasta los montes y los cerros, los volcanes en el planeta
azul
el pedazo de tierra donde conviven el odio y el amor
el hombre y la mujer, todo lo que les rodea.
No se puede discriminar al que no tenga
y tampoco podemos apartar al que tiene
ya que éste, es quien está facultado y con mayor responsabilidad,
dentro de un mundo donde los fantasmas del dinero y la
pereza
rodean y abundan la mediocridad salva.
Por otro lado están los que tienen esperanza
los que trabajan
los que sueñan.
Entonces llegamos a la cuestión, todos tenemos derecho
o será éste el deber de algunos pocos, y los demás dónde
quedan
no creo estar solo, pero poco a poco me doy cuenta de algo
mi alma respira egoísmo
y no es propio, ni es parte de la vida que yo entiendo
es sólo un momento, porque la vida
¡Oh gran belleza de quienes la aspiran!
Mariposa inalcanzable
Juego fugaz y deseable
es el momento de los agraciados y de los que esperan, sólo
esperan.

Ha llegado el bus, el tiempo sigue volando y me determino a ciertas reflexiones que me provocan nostalgia. Subo y me siento en una de los asientos traseros. Logro determinar muy sutilmente que el bus está lleno de personas mayores, en su mayoría viejitas que se sostienen con bastones o agradables señores que usan sombreros y sacos bien elegantes.

Es como remontarse en el tiempo. En fin, la primera parada, varias de las señoras que nos acompañaban se han bajado y ahora aparecen varios jóvenes que escuchan *hip hop* y visten pantalones que dejan ver sus calzoncillos a cuadros. La dialéctica entre la juventud y la vejez es real, pero no tanto cuando uno de los señores bien vestidos empieza a mover el pie derecho en plan de baile. La segunda parada, ahora una pareja muy romántica se monta en el bus y se sienta al lado mío, se ve que están enamorados, se miran a los ojos y se toman de sus manos tan tiernamente que empiezo a recordarte Graciela. Ya no hay más distracciones, miro de reojo hacia la calle y logro determinar que estamos en la recta que vos me dijiste Tomás. Sí, mi emoción es notoria. Una de las viejitas me mira como asustada, seguramente será por mi valija, la que le estorba. A la mierda, lo único que quiero es llegar y sorprenderte Tomás, sí, ahora escucho al conductor decir *Gutstrasse*. Me levanto y aprieto el botón rojo que está justo en la parte derecha de la puerta de salida, muy cerca mío, en la parte trasera. Cojo mi maleta y mi bulto de mano y me bajo. Perfecto, estoy donde debo estar. Miro hacia todos lados, del flanco izquierdo al derecho. Tengo que encontrar el número 25, miro de frente y en mi lado, sí, los números impares están en mi sector. Muy cerca veo un edificio blanco que se encuentra rodeado de árboles, será allí. De acuerdo a tu descripción debería ser así. Camino y me detengo en la acera que se encuentra al frente de mi o b j e t i v o. No logro ver ningún número, bueno, me adentro sobre una callecita muy particular y miro un rótulo que dice: *Achtung, Kinder*. Logro entender lo de los niños, me imagino que es tener cuidado. En fin, sigo caminando y en la parte derecha del edificio leo: 25. Es aquí, grandioso. Sigo caminando y me llama la atención un señor mayor, para variar, que lleva un sombrero de cazador muy elegante y fuma su cigarrillo. Me mira como preguntándose: ¿Quién será ése? Paso al lado suyo y él muy amablemente me dice algo que ya había escuchado el día anterior y hoy por la mañana, me dice: *Grüezi*. Le respondo de la misma manera sin saber lo que la expresión significa y camino directamente hacia la puerta principal del edificio. Entro y busco por nombres tu nombre. Perfecto, Herr G.R.Tomás y Frau L.Maja. Qué hago, bueno, toco el timbre y espero. Nada, nadie contesta, estarás durmiendo, habrás salido. Toco nuevamente sin preocuparme de la mala educación que ello pueda significar. Espero y escucho tu vos, sí Tomás, me quedo mudo y sin palabras, eras vos. Te digo que soy yo, Joaquín, Tomás, abrí la puerta, he vuelto a aparecer. El micrófono ahora está mudo del otro lado, calla y me deja temblando y sin respuesta alguna. Pasan los minutos y nada, qué será. Y de un instante a otro llegas tú, abris la puerta y me abrazás, logro abrazarte también, sorprendido por la emoción, suspiro y no niego sentirme mejor, Tomás, Tomás, soy yo.

Carolina Escobar Sarti, Guatemala

Rasgar el silencio

Rasgar el silencio

Me gusta estar sentada
en esta casa poblada de símbolos míos
Y RASGAR EL SILENCIO
con pluma de medianoche.

A esta hora no hay
otro mundo sino éste
ni otra mujer sino yo.

No hay otro sino.

Me tengo toda
estoy cómoda en mí
soy día completo
que se abraza
en su noche
y en su madrugada.

Siento decepcionar
a los hipócritas
y a los suicidas.

A esos que no encuentran
ni el mínimo instante
de su vida.



«El velo de Berta»

Carmen Real, Argentina

Arrecife de coral

La mujer está de pie junto a la ventana. Y mira. El mar. El sol nace y muere en las profundas aguas, y ella mira. Mira. Celajes. Una herida profunda... quizás. Silencio. Secretamente, se despliega la recóndita seda. Ella contempla el prodigio. Ah, igozo...!

En la torre hay una mesa y en la mesa ese arrecife de coral. Esplendor. Y un deseo. Mío, piensa, y se llena las manos ansiosas. El aire raspa los pulmones como una garra. ¿Premonición? Helios incendia el cielo. ¡Oh, temible luz! El aire, el agua y la tierra. Bravíos, dorados corceles relinchan en el límite del cosmos. La mujer mira sus manos y ve la agonía. Siente ya el peso, y escucha el sordo estertor. Intenta un gesto, deposita el coral nuevamente en el agua. Pero ya todo está hecho. Lo recoge nuevamente de la orilla. Ese trofeo. Lo acerca a su pecho. Rígidas, anquilosadas garras los gráciles gestos. Lo incorpora, lo engarza a su antiguo dolor.

Sobre la mesa descansa el cadáver de un coral. La mujer se sienta junto a él. No es un funeral. No. Es una nueva convivencia fuera del agua. Así se lo cuenta a sí misma y a su nuevo compañero. ¿O es una compañera? ¿Ambos? ¿Uno? ¿Muchos? ¡Oh, arrecife, en lo profundo del sueño! Ondulaciones, delicado ademán de las formas, silente danza en lo abisal. La mujer casi sonrío

ante ese recuerdo. Anhelos. Inquietud. Corre la cortina del tiempo. Y el coral forma parte de su casa, de sus cosas. La acompaña con su manera de estar, con su muerte... con su eternidad. Ella lo pule y le habla, le habla y lo pule. El coral renuncia poco a poco y comienza a brillar. Se entrega. La mujer, su pena, su culpa también se entregan. Comienzan a brillar en el silencio. Allí están esas formas... ¿y el esplendor? ¿Y el deleite? Ella ya no quiere indagar. Hace tiempo que ya no se acerca a la ventana. Sólo pule el coral. Pule como antes mirara, ahora ya sin mirar. Ya ha visto, cree, no hay más que mirar. Obsesivamente pule, pule para olvidar. Olvidar la ventana, el arrecife y... la alegría, ¿quizás?

Afuera pasa el tiempo. El aire pasa. Pasa suave con esa seductora manera de pasar. Sobreviene la lluvia y sin cesar se hacen y deshacen los celajes. Sólo la mujer está quieta en su torre y tristemente pule el coral. La ventana abandonada semeja un ojo cegado, ¿es que ya no puede mirar? ¡Qué será del arrecife!, entonces, ¡ay, que será!, sin nadie que lo venga a buscar. A él nada le importa. Es libre y no espera, pues ¿qué habría de esperar? Permanece recóndito, anónimo y sin que lo puedan contemplar. Acaso ella, la que lo pule, ¿lo ve de verdad? Está sola, no tiene con quien hablar. El coral, quizás la escucha y no la escucha, pues qué habría de escuchar.

Como un fruto maduro que cae al pasar se allega un amigo a la torre. Que la extraña, –dice– y la invita a pasear. Pasean y charlan y ríen como niños en la playa aledaña. Ella le cuenta su pesar. El amigo la contempla con el ceño fruncido y, al final, una sonrisa ligera.... la consuela, y le sugiere al oído una idea, una posibilidad que la liberaría del encierro y le devolvería las ganas de volver a bucear. El recuerdo la anima. ¡Ah, el recuerdo! Transformar el coral! Desguajarlo, multiplicarlo, exponerlo, pulverizarlo, entregarlo. Con penuria. Con reticencia accede y lo comienza a desgarrar. Lo corta en pequeñas piezas. Husmeando las secretas propuestas, corta aquí y allá. Y luego pule, pule hasta la profunda inocencia, hasta la verdad. Resplandores. Sobre la mesa se multiplica un coral, del arrecife solo una secreta y desconocida historia que quizá alguien un día relatará.

Sobrevienen las visitas a la torre y todos admiran la novedad.

–¡Qué bonitas! – ; interesantes, ¿verdad? Revolotean entorno a aquellos corales, los toman, los dejan, y los vuelven a tomar. ¡Qué extrañas!, ¿de dónde vendrán?, ¿de qué mar serán?

Entre murmullos y apagadas conversaciones, opiniones y la mejor oportunidad, la mujer reconoce en aquellas sosegadas formas al verdadero coral. Una incontenible, intensa nostalgia la posee. Quiere volver a aquellas profundidades. Sin mío, sin más. Después del tumulto, su mirada recorre el lugar. Sobre la mesa ya no está más el coral. Lo busca dentro, pero allí ya no está. Lo busca, y buscando redescubre la ventana. Se acerca y se pone a mirar. La mujer mira y mientras mira se siente sumergir en ese mar. Se sumerge, y se sumerge. Y vuelve a bucear. No busca ya nada. Ya nada quiere encontrar. Sólo es la alegría, el alivio de volver a ese mar. Avista el arrecife y el júbilo la embarga. Mira tranquila y dichosa. ¡Ah, la cumplida felicidad!



«Próxima salida»

Patricia Muñoz Meza, Guatemala

EL PRESTIGE

En cualquier esquina del tercer mundo se levantan imperios de mentira, esos llamados Centros Comerciales, o, para los que dicen conocer la lengua inglesa, *Malls*, modernas construcciones que se elevan por los aires, monstruos con armazones de metal, revestidos de hormigón y fríamente rebosados de cristal, nidos de riqueza y de exuberancia, contrastando con una más que evidente realidad --la Pobreza que devora a América Latina--. Es en ellos donde sucumbimos a los más absurdos deseos y caprichos.

Fue allí en donde conocí a Rebeca, una chica que existe entre estas dos realidades. Una mujer como cualquiera. De ésas que podrían ser utilizadas como extras en cualquier película latinoamericana y nunca repararías en ella.

Entré en una joyería del Centro Comercial "Prestige" por una casualidad y también por consejo de mi hermana Eugenia, quien, cuando se enteró que yo había roto el anillo de la bisabuela, corrió a casa y mirándome con sus clásicos ojos de muñeca asustada dijo: "Ve al Prestige, allí hay joyerías muy buenas y repáralo". Así que acudí al lugar y esta chica, Rebeca, me atendió, pero no muy amablemente, me sentí invisible ante sus ojos. No creo poder decir que la conozco, pues sólo leí su nombre en el gafete que llevaba puesto, el cual decía Rebeca Solares, luego conversé con ella unos pocos minutos. Así fue como me enteré de su gran admiración por los políticos y sus esposas. Ya que cuando yo entraba en la tienda, de ésta salía una mujer gorda, más bien fea, teñida de rubia platinada contrastando con una

piel cobriza, acompañada de un hombre, que pensé era su marido. Cuando la mujer desapareció de nuestra vista, Rebeca pareció notar mi presencia y ansiosamente, como quien busca un pretexto para conversar, me preguntó si conocía a la mujer que había salido de la tienda hacía un momento. Le respondí que al menos yo no creía recordarla, fue entonces cuando me comentó que el hombre que acompañaba a la mujer era su guardaespaldas y que la señora en cuestión, era la esposa de un importante político del país, y que además gustaba de comprar las joyas más caras, no importándole el precio.

Rebeca la admiraba tanto que cuando me habló de ella, los ojos le brillaban y me increpó: --¿No le parecen una señora preciosa? A lo que no respondí nada. Pues pensé que no hablábamos de la misma persona o temí estar perdiendo la vista. Además a quién le importa esta conversación tan absurda, pero en fin... Allí estaba yo, decidida a ser atendida y a que me pusiera un poco de interés y fuese reparado el anillo de mi bisabuela, que aunque no fue político, ni esposa de uno, se merecía el que le fuese reparado su anillo. Yo continuaba allí de pie tras el mostrador, sosteniendo la conversación más estúpida, pero había logrado llegar hasta ese punto, así que me dije éste debe de ser el precio a pagar por mi descuido con el anillo, y supuse que ella --la bisabuela-- (a quien no conocí) debía de estar cobrándoselas conmigo.

Seguía allí, imperturbable e inamovible. Sonriendo como una total estúpida. Rebeca continuaba mostrándome su más que evidente

admiración por la esposa del político y decía que si ella pudiera casarse con un hombre como él lo haría sin pensarlo. Para ella, él era perfecto, un hombre rico e importante. Y aunque a mí qué diablos me importaban sus gustos, opiniones o preferencias, no se lo dije. Continuaba escuchándola, la chica me parecía tan frívola con ese tipo de conversación, ella realizaba algo así como un ritual a los políticos.

Constantemente repetía que ya estaba harta de vivir en el lugar que habitaba, que ya no soportaba la miseria y que en cambio la señora vivía en una de las zonas más lujosas de la ciudad. Entonces recordé que hacía poco tiempo, en un periódico local, habían hablado del famoso político quien solía maltratar a su esposa y así se lo comenté a Rebeca. Dijo que eso no importaba, pues teniendo tanto dinero a quién le importarían unos cuantos golpes, que al final, a ella, así era como la trataba su padre y ni siquiera tenían dinero.

Rebeca debía trabajar para ayudar al sostenimiento de sus hermanos pequeños, ya que su padre era un alcohólico de lo peor. En este punto, la conversación me parecía un poco más interesante, estaba conociendo una parte importante de otro ser, ya la Rebeca arribista e interesada cobraba un cariz más humano. Aunque por momentos no soportaba su frialdad al hablar, me aguantaba las náuseas. Supuse que sólo veía el mundo como un gigantesco billete verde, la vida para ella no era sino una transacción comercial, un trueque y su cuerpo una mercancía, para facilitarle la vida. Se percibía su miseria humana. Tenía valor, pues le contaba todo esto a una desconocida, así de grande debía de ser su soledad para arriesgarse a contarle su historia a cualquiera. Tenía un hijo de dos años y no era casada, ni unida, ni nada. Era una madre soltera como las hay tantas

en el mundo. Su historia, un hombre amigo de su padre, amigo de borracheras, abusó de ella a los 16 años, y en su casa no le creyeron su versión de los hechos, decían que era una perdida, una ramera o una puta. Entonces pensé: Ningún ser humano se merece un trato tan cruel y así se lo dije. Me respondió que así era la vida y que no tenía más remedio que aceptarla con resignación, como le decía su madre. Rebeca debía de tener ahora unos 19 años de edad, con un hijo a costas, una madre que de madre sólo tenía el nombre y una partida de nacimiento que así lo aseguraba y un padre que sólo se aparecía por la casa el día de pago.

Agregó que no pudo abortar a su hijo. Pues el cura del pueblo donde vivían entonces les ordenó no hacerlo. Así que la pobre chica tuvo que parir al hijo no deseado, producto de una violación. Para ella lo peor de todo es no querer a su hijo, pues cuando lo mira le recuerda a "Ese hombre" y aún tiembla al contarlo. De pronto se percató de que yo era una total desconocida y volvió a la realidad mirando hacia la puerta como si por ésta se hubieran escapado sus indiscreciones, cerró la boca y terminó de hablar.

Por fin llegó mi momento para ser atendida. Me preguntó si necesitaba algo. Le respondí claro que sí, abrí mi bolso y extraje las dos partes que conformaban el anillo de la bisabuela Eugenia, al verlo se percató de su antigüedad y me dijo este anillo debe ser carísimo y tomándolo en sus manos me aseguró que le diría al joyero que lo reparara lo más pronto posible y que estaría listo en un par de días, me dio una boleta de color naranja, la cual guardé en el bolso y cuando me disponía a salir me dio las gracias por haberla escuchado y dijo que desearía tener otra vida, y me pidió de favor que olvidara todo lo que me había contado. Le sonreí

y dije un hasta dentro de dos días. Salí, no sin antes sentir una profunda tristeza por las desgracias ajenas.

Caminé por los corredores del imponente y frío centro comercial, de nuevo me encontré frente a la joyería, había caminado de aquí hacia allá sin ningún rumbo. Vi un pequeño café, me detuve en él, ubiqué una mesa solitaria en alguna esquina, pedí un capuchino y me senté a descansar un instante. Desde mi lugar podía observar la joyería, las vitrinas me parecían dos enormes pantallas de televisión sin el sonido de moda, claro está. Pero desde mi seguro lugar podía observar cómo Rebeca seguía protagonizando una historia, para algunos más afortunados sería una historia de ficción, para ella una historia de terror y miseria. Al cabo de unos diez minutos las luces de las tiendas se empezaron a apagar y, dentro de la joyería, Rebeca y otra chica iniciaron la tarea de guardar las joyas de las vitrinas, bajaron las persianas, apagaron las luces y finalmente abandonaron el lugar, por hoy la telenovela había terminado al menos dentro de la tienda. El centro comercial empezaba a verse y sentirse solitario. Pensé en cuán cierta

es la desgastada frase "Cada individuo es un mundo distinto". Me sentí como podría haberse sentido cualquier observador de la vida urbana en una época lejana. Observaba mi entorno, examinaba las distintas realidades que se perciben en las calles de una ciudad que inicia la carrera hacia su propia devastación, la ciudad había crecido tanto en los últimos 20 años que no sabía en dónde se esfumaban los límites y tomaban otro nombre. Después de dejar los corredores del centro comercial, tomé por la puerta principal y salí a la calle, buscando siempre mi norte, y así fue como me alejé de la triste y arribista Rebeca, del monstruo de cristal y acero y del anillo de mi bisabuela Eugenia que descansaría por dos días en otra casa.

De pronto me encontré caminando por las viejas calles empedradas. Parecía una pesadilla surrealista. Me encontraba dentro de una réplica mal hecha de una ciudad del primer mundo, solamente que ornamentada de hambre y miseria, y la noche que ya caía sobre la transparente luna de una pequeña ciudad de América Latina.

DATOS DE LOS AUTORES

Manuel Girón, Guatemala

Nació en Guatemala y es licenciado en Psicología por la Universidad de San Carlos de Guatemala. Se dedica, entre otras cosas, a escribir, pintar, hacer fotografía y vídeo. Actualmente reside en Suiza y para obtener más información sobre su trayectoria artística se puede consultar su página en internet www.manuelgiron.ch

Marta Elizondo, México

Escritora, Licenciada en Ciencias de la Información por la Universidad de Monterrey, México. Dirige el "Centro Cultural Hispanoamericano" en la ciudad de Zurich, Suiza. Ha participado en lecturas individuales y colectivas en Suiza, México y España. Publicaciones: *Ave en vuelo*, 1994, *Eco del silencio*, 1996, *Poemas/Gedichte*, 1996, *Vaguedades entre sueño y vigilia* de Ediciones Castillo español-alemán, 1998. Su obra *Por las paredes de la indiferencia* fue premiada en el Certamen Literario del Ateneo Popular Español de la ciudad de Zurich. *Cuando el alma se bifurca*, español-alemán, Nimrod Verlag, Zurich, 2004. www.martaelizondo.ch

Cristina Arrébola, España

Nacida en Suiza en el año 1976 de padres españoles está cursando estudios como traductora en la SAL (Schule für Angewandte Linguistik) de Zúrich. Ha traducido el libro "Soles de Primavera / Frühlingssonnen" del escritor guatemalteco Manuel Girón. Asimismo ha traducido "El oficio de Enoch" de Carmen Real que próximamente aparecerá en versión alemana. El poema "Reflejo" forma parte de su primer libro de poesía bilingüe en preparación.

Juan Carlos Lemus, Guatemala

Nació en Guatemala el 10 de enero de 1964. Poeta y narrador. Estudió letras en la Universidad de San Carlos de Guatemala. Su primer libro, *La era del moscardón*, Editorial Cultura, en el volumen *Novísimos*, 1997. Su poemario *Un rayo desordenado de mariposas* fue ganador del certamen de poesía guatemalteco "Los que escriben", para el año 2000, patrocinado por el BID. El jurado calificador consistió de los escritores Dina Posadas, Gerardo Guinea Díez y Francisco Morales Santos. Ha publicado poemas y cuentos en las revistas *Abrapalabra*, *Tayer*, *Intemperie*, *La Ermita*, y en los periódicos *Prensa Libre*, *Siglo Veintiuno*, *La Hora*, *Diario de Centro América* y en algunas revistas centroamericanas. Director de la sección cultural del periódico de mayor tiraje en Guatemala, *Prensa Libre*.

Karina Farinati, Argentina

Nació en Buenos Aires, Argentina, en 1968. Concurrió a diferentes escuelas de teatro y mimo en su ciudad natal. En 1994 se recibió de profesora y licenciada en letras de la Universidad de Buenos Aires y partió hacia Alemania en donde vivió tres años y se dedicó a la docencia del español como lengua extranjera. Desde 1998 vive en Suiza, donde se recibió de licenciada en ciencias económicas de la Universidad de Zurich (especializada en recursos humanos y marketing), ejerce actualmente como profesora de español y colabora en diferentes actividades culturales. Ama el cine.

Paulo González Ramírez, Costa Rica

Nace el 16 de noviembre de 1979, inicia sus estudios universitarios en Costa Rica en Sociología y Derecho. Se egresa en Derecho en el año 2003 y decide viajar a Suiza para establecerse. Publica su primer libro en el año 2004, *Pequeños Gigantes*. Y participa en la Revista *Madre Planeta* que se edita en Costa Rica mensualmente.

Carolina Escobar Sarti, Guatemala

Nació en Guatemala en 1960. Es Licenciada en Letras y tiene una Maestría en Literatura Hispanoamericana. Es catedrática de varias universidades y columnista de diversos periódicos nacionales e internacionales. *Rasgar el silencio* (2003) es su tercer libro de poesía después de *La penúltima luz* (1999) y *Palabras Sonámbulas* (2000).

Carmen Real, Argentina

Nacida en San Miguel de Tucumán, Argentina. Reside en Suiza desde 1981. En su país ejerció la docencia como profesora de literatura española y latinoamericana. Doctora en Letras por la Universidad Complutense de Madrid, España. En Suiza ha dictado conferencias sobre literatura latinoamericana, participa en veladas literarias y colabora en publicaciones locales. Es autora de *El Oficio de Enoch*, libro de poemas publicado en Zurich en octubre de 2000. Actualmente se desempeña como profesora de español y como correctora para diferentes editoriales latinoamericanas.

Patricia Muñoz Meza, Guatemala

Nació en Mazatenango, Departamento de Suchitepéquez. Desde los 7 años radica en la ciudad Capital. Es Ingeniera Agrónoma en Sistemas de Producción Agrícola de la Universidad de San Carlos de Guatemala. Tiene un Diplomado en Locución y Presentación de Televisión, por la Universidad de San Carlos de Guatemala. Además del español, habla inglés, italiano y francés. Estudia el Idioma Maya Q'eqchi'. Su primer libro de poesía titulado "Atrapada" publicado en versión Castellano/Q'eqchi' y el cual forma parte de la colección intercultural "Luis Cardoza y Aragón" de la Editorial Fondo de Cultura Económica.



Centro Cultural Hispanoamericano

Espacio cultural del movimiento creativo

Riedhofstrasse 354
8049 Zurich
teléfono 056 / 622 97 08
www.martaelizondo.ch